

Un extraordinario hombre de ciencia fué el Dr. Antonio Battro, el ilustre hijo de Mercedes recientemente fallecido

Con motivo del fallecimiento de nuestro ilustre conterraneo el Dr. Antonio Battro, «la Nación» de Buenos Aires publica la siguiente nota necrológica, que hemos creído oportuno transcribir porque en Mercedes son pocas las personas que conocen la obra realizada por este sabio, gran cardiólogo, médico de excepción y científico eminente.

Un grand, un extraordinario médico, en la praxis sucesor de su carrera y de su ciencia, un joven maestro, en los 40 años de su experiencia con el Dr. Antonio Battro, que ayer murió espontáneamente de la misma enfermedad—y solamente extremada de la que salvó aولوجológ tantas vidas, con infatigable solicitud, con acendrado prestigio, con método riguroso, con un profundo acendrado consagrado a la ciencia.—Era clínico exigido, clínico verdaderamente el diagnóstico, felicitable en la práctica.—Todas sus virtudes, esas funciones de superior categoría, las realizaba con la mano sencilla y así actuaba, con la calma y la serenidad que se ven en los grandes genios y grandes mentes, que, desde veinte años anteriores que él, con los que se dividieron ya en igual nivel, y a veces hasta la imponía su criterio que concavaleaba con la mayor naturalidad, con un apuro tranquilo y una palabra breve, que surgían de la firmeza de su convicción, pero sin darle importancia, sin mostrarles que se imponía como el discípulo que tiene el buen gusto, la gratitud y la discreción de disimular que aventaja y corrige al maestro.—Era y fué un médico de excepción en todas las etapas de su carrera, desde los clínicos hasta su espontánea despartición.—Siendo estudiante ocupó varios cargos importantes ganados por concurso en los cursos de anatomía, ya descriptiva ya topográfica, rama de la ciencia que iba a servirle luego para su extraordinaria precisión científica, que desde entonces se utilizaba de las cosas de un árbol y se recibía de médico con uno de los más altos premios y diploma de honor.—Ya graduado, nada le costó obrar como quien había sido notado

termos incalculables

Sus libros, folletos y artículos más importantes, honor de las más selectas revistas científicas del país, y que publicaba, ya folletos, ya en ellas, las más exigentes publicaciones científicas extranjeras, son un acedido de ciento cincuenta, y entre ellos son los más importantes «Los sistemas de clínica», donde varía su experiencia sobre el diagnóstico de los problemas de los trastornos en el ritmo circulatorio, ya expresado más sistemáticamente en un trabajo anterior, estudio de orden semiológico, obras con poco frecuente amplitud, el tema y lo desarrolla con un estilo práctico de las aplicaciones posibles que constituyen siempre características, con el reconocimiento de sus maestros y de los que son más de los enfermos, y a donde se ve de una concepción de la ciencia que alcanzó independientemente de la ciencia de un método de alta diagnóstico y más difícil sistematización. Continúan hasta su muerte los asensos en sus cargos docentes y hospitalarios, que no detiene ni demoran su juventud ni sus nuevas obligaciones, porque ya hacía años que estaba impuesto por la riqueza del talento, de la consagración, de

la incide científica

Después de muy útiles labores de organización hospitalaria, y de ser nombrado, en 1937, secretario de la Sociedad Argentina de Cardiólogos, actuó con personalidad en el Comité Argentino del II Congreso Panamericano de Endocrinología y Montevideo, en 1940; en 1941 fué secretario general de las Jornadas de Asistencia Social del Cardíaco, y jefe de investigación cardiológica de la Asesma Nacional de Medicina.

Había escalado todos los peldaños científicos de una generación, y aún suponía a sus generaciones, y la muerte lo sorprende cuando los más altos, a los que él mismo, sin discusiones y sin ambigüedades, se le presentaban abiertos y firmes, a plasmar definitivamente en la madurez, su personalidad de joven sabio, que se habla adelantado a su edad, como si él mismo, antes de la estación, porque es más fructífera, más trabajada, y, por eso, antes de tiempo se agota.

Al fué el derecho generoso de su vida y su obra, su espíritu, su que ella entregase al sergato en un minuto de su labor. Esa misma angustia generosa con que seguía, vigilaba, comprendía, prolongaba en todo lo posible las posibilidades de los enfermos, en el día que se despertaba en un pueblo con dolor. Pero seguía imperitrito sin darle a entender a nadie, firme en su brecha de hospital, de visitas a enfermos, de estudio de los más recientes tratados y los últimos ejemplares de las revistas

científicas que realizaba por las noches, en horas robadas al sueño, para—comodar—con el más breve descanso, su jornada matutina.

El Dr. Battro era no sólo un gran cardiólogo, eminente, reconocido y citado y un gran científico, actividad que nunca dejó, sino también un extraordinario ejemplar de hombre, el más compasivo exponente del médico humano.—Con honradez económica, sin haber demostrado interés nunca, sin todo lo contrario: sin desentendimiento, no cultivaba su vida económica ni su trabajo, porque consideraba que no debía desatender a sus enfermos y acaso también, supremo ideal del hombre de ciencia, no debía tampoco estar el margen de los últimos conocimientos científicos. Tenía mucho de epóstolico su profesión iluminada por su religión y sus incontables los enfermos a los que no sólo atendió sino que les costó su asistencia y sus medicamentos. Rasgos de los hombres de excepción, de los sabios con sentido humano, que sólo los más grandes pueden tener, y ellos ocultan con visos. Era un gran médico un extraordinario hombre de ciencia; un aspecto juvenil que se debía únicamente a su capacidad y su impetuosidad. Los conocimientos de su profesión y de su sabiduría derramó al bien a mano limpia cumpliendo una misión cristiana con palabras que era hábito para sus enfermos, con una expresión que tenía fuerza de rasgo y sonrisa luminosa de arcángel.

